

Rubén Darío

## Invernal

### Poema original:

Noche. Este viento vagabundo lleva  
las alas entumidas  
y heladas. El gran Andes  
yergue al inmenso azul su blanca cima.  
La nieve cae en copos,  
sus rosas transparentes cristaliza;  
en la ciudad, los delicados hombros  
y gargantas se abrigan;  
ruedan y van los coches,  
suenan alegres pianos, el gas brilla;  
y si no hay un fogón que le caliente,  
el que es pobre tiritita.

Yo estoy con mis radiantes ilusiones  
y mis nostalgias íntimas,  
junto a la chimenea  
bien harta de tizones que crepitan.  
Y me pongo a pensar: ¡Oh! ¡Si estuviese  
ella, la de mis ansias infinitas,  
la de mis sueños locos  
y mis azules noches pensativas!  
¿Cómo? Mirad:  
De la apacible estancia  
en la extensión tranquila  
vertería la lámpara reflejos  
de luces opalinas.  
Dentro, el amor que abrasa;  
fuera, la noche fría;  
el golpe de la lluvia en los cristales,  
y el vendedor que grita  
su monótona y triste melopea  
a las glaciales brisas.  
Dentro, la ronda de mis mil delirios,  
las canciones de notas cristalinas,  
unas manos que toquen mis cabellos,  
un aliento que roce mis mejillas,  
un perfume de amor, mil conmociones,

mil ardientes caricias;  
ella y yo: los dos juntos, los dos solos;  
la amada y el amado, ¡oh Poesía!  
los besos de sus labios,  
la música triunfante de mis rimas,  
y en la negra y cercana chimenea  
el tuero brillador que estalla en chispas.

¡Oh! ¡Bien haya el brasero  
lleno de pedrería!  
Topacios y carbunclos,  
rubíes y amatistas  
en la ancha copa etrusca  
repleta de ceniza.  
Los lechos abrigados,  
las almohadas mullidas,  
las pieles de Astrakán, los besos cálidos  
que dan las bocas húmedas y tibias.  
¡Oh, viejo Invierno, salve!  
puesto que traes con las nieves frías  
el amor embriagante  
y el vino del placer en tu mochila.

Sí, estaría a mi lado,  
dándome sus sonrisas,  
ella, la que hace falta a mis estrofas,  
esa que mi cerebro se imagina;  
la que, si estoy en sueños,  
se acerca y me visita;  
ella que, hermosa, tiene  
una carne ideal, grandes pupilas,  
algo del mármol, blanca luz de estrella;  
nerviosa, sensitiva,  
muestra el cuello gentil y delicado  
de las Hebes antiguas;  
bellos gestos de diosa,  
tersos brazos de ninfa,  
lustrosa cabellera  
en la nuca encrespada y recogida  
y ojeras que denuncian  
ansias profundas y pasiones vivas.  
¡Ah, por verla encarnada,  
por gozar sus caricias,  
por sentir en mis labios  
los besos de su amor, diera la vida!  
Entre tanto hace frío.

Yo contemplo las llamas que se agitan,  
cantando alegres con sus lenguas de oro,  
móviles, caprichosas e intranquilas,  
en la negra y cercana chimenea  
do el tuero brillador estalla en chispas.

Luego pienso en el coro  
de las alegres liras.  
En la copa labrada, el vino negro,  
la copa hirviente en cuyos bordes brillan  
con iris temblorosos y cambiantes  
como un collar de prismas;  
el vino negro que la sangre enciende,  
y pone el corazón con alegría,  
y hace escribir a los poetas locos  
sonetos áureos y flamantes silvas.  
El Invierno es beodo.  
Cuando soplan sus brisas,  
brotan las viejas cubas  
la sangre de las viñas.  
Sí, yo pintara su cabeza cana  
con corona de pámpanos guarnida.  
El Invierno es galeoto,  
porque en las noches frías  
Paolo besa a Francesca  
en la boca encendida,  
mientras su sangre como fuego corre  
y el corazón ardiendo le palpita.  
?¡Oh crudo Invierno, salve!  
puesto que traes con las nieves frías  
el amor embriagante  
y el vino del placer en tu mochila.

Ardor adolescente,  
miradas y caricias;  
cómo estaría trémula en mis brazos  
la dulce amada mía,  
dándome con sus ojos luz sagrada,  
con su aroma de flor, savia divina.  
En la alcoba la lámpara  
derramando sus luces opalinas;  
oyéndose tan sólo  
suspiros, ecos, risas;  
el ruido de los besos; vla música triunfante de mis rimas,  
y en la negra y cercana chimenea  
el tuero brillador que estalla en chispas.

Dentro, el amor que abrasa;  
fuera, la noche fría.